

# EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 27 de Septiembre de 1917.

Número 35.

**EL MOTÍN**  
PERIODICO SEMANAL  
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS  
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Constitución interna <sup>(1)</sup>

Es la salud, teóricamente hablando, el estado normal del organismo. Organismo puede haber tan perturbado que en él se inviertan los términos, siendo la enfermedad lo normal y la salud lo extraordinario. Así acontece en algunas sociedades donde el imperio de la legalidad constitucional, síntoma de salud en la vida del Estado, se ve interrumpido á cada paso, convirtiéndose la excepción en regla y la regla en excepción. No es mucho que tal suceda en esta nuestra tierra bendita, país de paradojas y viceversas en que lo provisional es definitivo, lo fácil difícil, lo pequeño grande, lo blanco negro y el milagro el pan nuestro de todos los días.

Ni es el mal de ahora; así ha sucedido siempre. Todo el curso de nuestra mal llamada historia constitucional no es sino una interminable serie de conatos frustrados. Siempre ha querido el legislador garantizar las libertades públicas: nunca los gobernantes han podido complacerle. Desde el Código fundamental de Cádiz hasta la carta otorgada en 1876, pasando por el Estatuto Real, la Constitución progresista del 37, la moderada del 45 y la democrática del 69, jamás ley constitucional ha podido ser aquí observada. Siempre los Gobiernos se han visto obligados á infringir la Constitución ó á suspenderla.

Una experiencia de casi un siglo es una señora experiencia. Ella debiera bastar á disipar nuestro espejismo. Ahí donde hay que suspender el dere-

cho á cada triquitake, no es país apto para la vida del derecho. No basta que las cosas sean hermosas y apetecibles; es menester también que sean adaptables y oportunas. El baobab es un árbol espléndido, pero no crece en las llanuras de la Mancha. El pájaro mosca es un precioso animalejo, pero se huela en las alturas del Moncayo. Así la libertad. Costumbre sajona, instinto germánico, teoría cuando más para los latinos, es entre nosotros planta exótica que se seca y pajarillo que se huela. Sin duda somos los españoles demasiado levantiscos, demasiado turbulentos, demasiado indóciles para que el poder entre nosotros pueda someterse á la ley.

La ilusión que nos ha hecho creer durante tantos años que éramos un pueblo constitucionalmente constituido, se comprende perfectamente, sueña cada cual con aquello que le falta y se finge lo que desea, sueña el enfermo con la salud, el pobre con la riqueza, el triste con la alegría, el prisionero con la libertad. Así ha fantaseado el pueblo español constituciones, derechos, garantías... ¡Cómo si fuera posible que una libertad que no está en los instintos, en los sentimientos, en los amores ni en las costumbres de la raza, pudiera vivir nunca en los hechos por más que se escriba en las leyes!

Fuera ello sólo un vano é inocente ensueño y merecería el respeto de todos. La ilusión tiene también sus derechos. ¡Bendita la mentira que nos hace dichosos y malhaya la verdad que nos torna desdichados! Desvanecer las quiméricas esperanzas de un tísico en cuarto grado, despertar al indigente que sueña en la opulencia, arrebatár la santa confianza y con ella la paz del alma al marido engañado, arrancar al iluso la venda de los ojos y hasta curar al loco su delirio de grandezas, son actos de crueldad manifiesta si la necesidad no los abona. ¡No hay también crueldad en privar á este pueblo español, ayuno de glorias, y no sobrado de pan, de la lisonjera fantasía de que es pueblo libre, legalmente constituido, dueño de sus derechos y montado á la europea?

Hay que hacerlo, sin embargo. La verdad suele vengarse inexorablemente de los que la desconocen. Si nos juzgamos libres, no siéndolo, nunca lo seremos. Gozar de una Constitución que, como el sol en día tormentoso, sólo luce á raros intervalos,

no es estar legalmente constituido. Estos derechos precarios, estas libertades de quita y pon, no pueden contentar á nadie. Como los bruscos desequilibrios de temperatura hacen mortífero el clima, así hacen inhabitable la atmósfera social los bruscos desequilibrios del derecho. Hoy libre y mañana sujeto, ayer con garantías y hoy sin ellas, el ciudadano no sabe á qué carta quedarse. No tiene criterio para discernir hasta qué punto se ha de expansionar cuando la libertad está vigente y hasta qué extremo se ha de comprimir cuando el derecho está en suspenso. La ruda franqueza del despotismo es preferible á tamaña incertidumbre.

Reconozcamos el hecho, mal que nos pese. La libertad no se ha aclimatado en España. Pugna con nuestro carácter: se da de cachetes con el temperamento nacional. Es todavía para nosotros algo extraño, exótico, de difícil si no imposible adaptación. Aquí de la constitución interna de Cánovas. Cada país tiene su carácter, su temperamento, sus costumbres, su modo de ser, con el cual pueden estar ó no conformes las Constituciones escritas. La nación española tiene también su Constitución interna, la cual Constitución consiste esencialmente en no tener Constitución de ninguna especie.

ALFREDO CALDERÓN

## A propósito

Más bravo que Juan Padilla y más que el Cid de arrogante iba Pepe Semovilla muy ufano y muy campante por la calle de Sevilla.

De pronto un hombre chiquito con bufanda y en calcetas dice, al verle, dando un grito: —A propósito, Pepito, ¿tiene usted un par de pesetas?

Paróse un punto José, soltó la mosca y se fué murmurando muy mohino: —Pero, señor, no adivino... ¿á propósito de qué?

IGNACIO VIRTO

En un juzgado de paz se presenta una mujer de mala vida y escandalosas costumbres, acusada de haber infringido la moral en público.

El juez la dice:

—Señora, usted es una aventurera, una mujer pública, y...

—Para servir á usted, señor juez.

(1) Artículo publicado en EL MOTÍN correspondiente al 12 de Abril de 1902.



## Amor místico

AL SEÑOR OBISPO DE TUY

Libreme el cielo de censurar el acto más insignificante de ningún príncipe de la Iglesia. Por su alta dignidad, no menos que por sus talentos y virtudes, son y deben ser invulnerables para este mísero hijo del pecado, ignorante de la verdadera ciencia y heredero de la flaqueza adquirida en el barro primitivo.

Quédese tan triste misión para los desgraciados cuyas almas, refractarias á todo sentimiento noble, se revuelcan en el lodazal inmundo del materialismo y el ateísmo, reniegan de su origen celestial, y se arrojan voluntariamente en la sima de la concupiscencia; almas que si no sirvieran para aquilatar por la comparación el mérito de las otras, harían dudar á los pobres de espíritu de la justicia que al crearlas presidió.

Libreme también el cielo de formar coro á la turba descreída que para desgracia de España brota en los antrópolucionarios; mas permítaseme hacer, con la humildad y el respeto debidos, algunas consideraciones acerca de la orden que el ilustrísimo señor obispo de Tuy, en uso de un derecho indiscutible, ha dado á los respetables sacerdotes de su diócesis, prohibiéndoles tener amas de gobierno jóvenes.

Comprendo que Su Ilustrísima haya adoptado esa determinación, más para evitar las malévolas murmuraciones del vulgo, que por suponer al clero olvidado del voto de castidad pronunciado solemnemente al pie de los altares; pero reconozco á la vez que la pena es tan terrible como innecesaria, y que si todo se resolviese por el criterio del qué dirán, sería imposible la marcha ordenada de las sociedades.

Para asegurar que la pena es terrible, fúndome en que el sacerdote, y esta es verdad demostrada, tiene la desventura de no hallar en su familia el afecto y cariño que necesita como lenitivo á los sinsabores de su rudo y trabajoso cargo, y vive generalmente alejado de ella, buscando en extraña mujer los cuidados materiales que reclama su parte física y el tesoro de afecciones íntimas que todos, hasta los seglares, necesitamos para llenar el vacío del corazón.

Y esta mujer pura que con él comparte la vida, cuya dulce mirada le cautiva y cuyo bondadoso proceder le encanta, que esclava de sus deseos le complace y virgen de voluntad le obedece, esta mujer, paño de sus lágrimas y sol de sus días, llega á formar parte integrante del sacerdote y á serle tan indispensable como la lluvia á los campos, el barco al marino, la gloria al soldado, constituyendo así entre los dos una especie de familia aislada cuyos lazos no pueden romperse sin que las olas del dolor aneguen sus almas amantes y sensibles.

¡Cuántas lágrimas se habrán derramado á estas horas en esa vuestra diócesis, señor obispo! La voz del deber, gritando inexorable, conseguirá que se cumpla vuestra orden, mas no evitará los tiernos y místicos coloquios, los soñolientos entrecortados ni los suspiros angustiosos de dos seres que se comprendían y se completaban, y en vida común é irreprochable se confundían.

¿Quién le servirá á él ahora el chocolate con la amabilidad y limpieza que ella

lo hacía? ¿Quién, cuando se encierre sin llave en su aposento, entrará á menudo por si algo se le ofrece? ¿Quién le referirá con voz blanda y melosa las hazañas de Minino el gato que abandonó noches pasadas el hospitalario techo para correr tras una gata rubia, lustrosa y mayadora? ¿Quién le cepillará la ropa puesta y alisará con sedosa mano la encrespada felpa de su vetusto sombrero? ¿Y quién, en fin, le cuidará en sus enfermedades, le consolará en sus aflicciones y llenará la casa de esa alegría á ninguna otra comparable, la que derraman por doquier la juventud y la belleza? Ciertamente que encontrará quien le sirva, quien le cuide, quien le atienda; mas ¡ah! que el salario no engendra cariño, ni las manos rugosas y tembladoras pueden sostener la copa de la felicidad, ni la imagen de la vejez despierta ideas de esperanza y vida.

¿Y ella? Como la flor de los trópicos trasladada á la Siberia invoca en vano al sol que besaba apasionado su corola, así ella, la joven desterrada, languidece y se marchita falta de la tranquilidad seráfica que al lado del buen sacerdote disfrutaba. La memoria, tirano implacable, le recuerda las horas pasadas al lado de su señor, ya calentando en invierno la frañela que abrigaba su piadoso pecho, ya recostiendo sus zapatos de orillo, ya en fin prodigándole cuantas atenciones exigían su salud y su comodidad. Y ¿qué hacer ahora, ni cómo olvidarse de las excursiones periódicas que emprendían para devolver á su agraciado rostro las tintas que iba perdiendo en fuerza de interesarse por el hoy solitario y triste, excursiones de las que volvía más pálida y adelgazada, porque para ella servirle era el alimento y complacerle el descanso?

Mas ¡ay! apartaré la mirada de este cuadro de dolor, y demostraré ya que la pena es terrible, demostraré que también es innecesaria.

¡Cuán expuesto es juzgar por apariencias y cuán fácil engañarse al condenar ligeramente acciones cuyos móviles ignoramos! A í como un sinnúmero de santos se imponían penitencias terribles que eran interpretadas de distintas maneras por aquellos que juzgan de las causas por los efectos, ¿quién nos asegura que los sacerdotes partidarios de las amas jóvenes no llevan la idea de vencer así á los enemigos del alma, al mundo por el desprecio, al demonio por la constancia y á la carne por la fortaleza? Sin lucha no hay triunfo, y sin triunfo no hay gloria. ¿Y qué gloria ni qué triunfo comparables á los alcanzados en combates donde casi todos son vencidos y los vencedores se arrepienten de serlo?

Supongamos á los dos, el sacerdote y el ama, sentados al brasero en una noche de tempestad, cuando la corriente eléctrica se establece más viva entre la atmósfera y nuestro organismo, santiguándose á cada relámpago, mascullando una plegaria á cada trueno y aproximándose uno á otro poseídos del terror que infunden los vagos rumores del viento al bajar por el cañón de la chimenea y el golpear del agua en los cristales; supongamos que Satanás, siempre ojo avizor para perder las almas de los elegidos, se asoma por los ojos de la joven lanzando rayos que eclipsan la luz de los relámpagos, y supongamos también, aunque esto sea ya mucho suponer, que el varón fuerte, el sacerdote impecable se levanta, da un paso hacia la tentación, mas de pronto se detiene, se pasa la mano por la

frente, se dirige á su aposento, da tres vueltas á la llave, coge el breviario, y...

Pero ¿qué insistir en demostrar que la victoria es tanto más grande cuanto el enemigo es más terrible, y en que tal vez sean héroes los hombres á quienes creemos olvidados de los cánones y de los votos que pronunciaron?

Si algo pudieran influir en el ánimo de Su Ilustrísima, señor obispo, los ruegos de un humilde pecador; si el interés que me ha tomado siempre por el casto y virtuoso clero mereciere premio alguno, yo me atrevería á suplicaros que revocáseis orden tan dura, no sólo para que los impíos dejaran de regocijarse, sino para devolver á esas tiernas almas la esperanza de bañarse unidas en las fuentes del amor místico durante su peregrinación por la tierra, y poder luego, abrazadas estrechamente, llegar á las puertas del cielo, trocando los mezquinos goces de esta vida por los inmensos placeres de la eterna bienaventuranza, que á todas les deseo.

1878

## Carta abierta

Al Excmo. Sr. Ministro de Hacienda

Leo en *La Tribuna* la nota oficiosa que el día 28 facilitaron en el Ministerio de su digno cargo y que empieza diciendo:

«El ministro de Hacienda se halla dedicado estos días á una intensa labor que demandará algún tiempo para su completo desarrollo.»

Es decir, que después de ser ministro tardará algún tiempo en ultimar las soluciones económicas. Pues si no las tenía estudiadas antes y la vida ministerial probable son ocho meses (29 ministerios en veinte años) ¿cómo aceptó un cargo á sabiendas que nada haría en él?

¿No sería más práctico llevar á los ministerios los que tuviesen ya un plan y sólo se dedicasen á implantarlo desde el primer día? En todo, si tenían tiempo, en parte, si su vida ministerial era efímera.

En el párrafo siguiente dice: «Aun adaptado ya por el Gobierno anterior el presupuesto, y desmenuadas algunas de dichas autorizaciones (as de protección á las industrias), se estudian las reformas de plantillas y la reorganización de servicios.»

¡Reformas de plantillas y reorganización de servicios!

Es decir, plazas para amigos, sin hacer cesantías para que no protesten los damnificados, pero con cargo al contribuyente, que es manso y no protesta.

La nota oficiosa indica algo de la labor ministerial que vamos á extractar, agrupando en distinto orden para su más clara inteligencia:

### 1.º-PARTIDAS QUE AUMENTARÁN EL PRESUPUESTO DE GASTOS

Se prepara:  
Auxilios á las industrias.  
Protección á las agrícolas de exportación. — ¡¡Adiós subsistencias!!  
Protección á las industrias.  
Crédito prendario agrícola.  
Warrants. — ¿No es lo mismo?  
«Cuestiones importantísimas de la renta de tabacos, relacionados con el creciente aumento de precios del tabaco en rama, y las dificultades cada día mayores de los ministros.»  
¿No existe una Compañía Arrendata-



ria? Y si existe, no debe ser la Compañía la que se preocupe del alza del tabaco y de las dificultades cada día mayores de los suministros?

¿Cuánto ha abonado la Compañía cuando ha hecho compras muy ventajosas para ella?

¿Han desaparecido los campos de tabaco en Colombia, Venezuela y Brasil?

O es que se trata de auxiliar también a la Compañía para que siga pagando el 15 por 100 de intereses al valor nominal y no baje el tipo de 277 por 100.

Liquidación con los Ayuntamientos y Diputaciones.

## 2.º—PARTIDAS PARA ESTRUJAR MAS AL CONTRIBUYENTE

Reforma del catastro.

Creación de nuevos impuestos sobre la cerveza.

Idem idem, idem, sobre explosivos.

## 3.º—NUEVOS MONOPOLIOS

Arriendo de la fabricación de cerillas.

Idem idem venta de idem.

## 4.º—SIN CLASIFICACIÓN

Se ha confeccionado el reglamento para el establecimiento del nuevo impuesto sobre explosivos, que hoy publica la *Gaceta*, y se trabaja activamente para su difícil implantación y el aún más difícil tránsito del régimen de monopolio actual al de libertad de fabricación que empezará a regir en 1.º de Septiembre.

No he podido entender que se diga *Libertad de fabricación* al mismo tiempo que *estableciendo un nuevo impuesto*.

Una de dos, si está libre la fabricación es que cada cual puede fabricar sin limitaciones; si hay un reglamento de aplicación de un impuesto, no está libre, está limitado, y lo mismo es que se titule Compañía, que arriendo, que monopolio, el resultado final será que el consumidor de explosivos que antes del arriendo pagaba 2, después pagó 5 y ahora con el impuesto pagará 6... ¡Viva la libertad!

Con lo dicho puede verse ya claro, el sistema económico de este señor ministro, sistema igual al de sus antecesores, y que podríamos definir diciendo que es la *administración con talego*.

¿Se quejan los militares?

Se les aumenta la paga.

¿Se quejan las industrias?

Se les subvenciona.

¿Se quejan los agricultores?

Se les protege dándoles dinero.

¿Se lamenta la Compañía Arrendataria de Tabacos?

Se estudia la manera de darle algo.

¿Protestan algunos Ayuntamientos o Diputaciones?

Pues á liquidar sus cuentas, pagándoles algo de su saldo acreedor.

Con tanto sacar del talego, se va desocupando y es preciso llenarle. No se piensa en nuevas fuentes de producción, no se piensa en crear riqueza. Nada de nacionalizar los servicios públicos que por su estructura constituyen monopolios, nada de crear industrias que nos independicen de la tutela extranjera, nada de nacionalizar los seguros que se llevan 20 ó 30 millones por año... se aprietan los tornillos al contribuyente y se reforma el catastro, para que en lugar de venderse en pública subasta 8 ó 10.000 fincas por año, cuyo valor no llega á 100 pesetas y cuyos débitos contributivos son hasta de ¡una peseta! se vendan 20.000. Se crea un nuevo impuesto sobre la cerveza que, al encarecerla, limitará el

consumo y hará precaria la vida de esta industria, que después habrá que proteger... y por lo pronto al sólo anuncio del nuevo impuesto bajarán las acciones de todas las fábricas.

Se trata de suprimir el monopolio de explosivos y se crean dos, arriendo de fabricación de cerillas y arriendo de venta, sin disminuir el precio de venta de los explosivos, porque para eso se crea otro impuesto sobre ellos, pero con el cambio de denominación los empleados de la Compañía pasarán al Estado y la Compañía seguirá teniendo el monopolio por la dificultad de crear nuevas fábricas con el impuesto reglamentado.

## PROTECCIÓN A LAS INDUSTRIAS

No hemos de terminar este trabajo sin protestar de la llamada *protección*.

El deber del Gobierno no es el de procurar la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley?

Pues sí es así,

¿Con qué derecho se ayuda al que quiere vender en perjuicio del que quiere comprar?

Si para el Estado es justo ayudar á uno á fabricar pañuelos, debe ayudar á otro á fabricar bizcochos, á éste á comprar un burro para la labor, á aquél á comprar herramientas para su oficio... En una palabra; todo aquel que se considere capaz de utilizar bien los auxilios del Estado debe solicitar su ayuda.

Esto sería el comunismo vuelto del revés, puesto que toma por la fuerza (contribuciones) el dinero que reparte.

Y el Estado no es, ni puede ser, ni debe ser, eso.

Quitar el dinero á unos (contribuyentes) para darlo á otros (industriales) y obligar á todos los compradores á que paguen más caro (por impuestos ó aduanas) lo que podrían pagar más barato, es sencillamente ir encareciendo la vida hasta el límite máximo de la resignación.

No podemos en un artículo periodístico hacer cuantas consideraciones se nos ocurren, pero hemos de terminar con un ruego al señor ministro:

Al estudiar sus planes económicos, cambie su punto de vista, no se ponga en el plano de sus antecesores, metiendo la mano sin cesar en el talego de los ingresos, sin preocuparse de quién ha de llenarle. Piense por el contrario que la masa general de ciudadanos contribuyentes es menor de edad, que no tiene más defensor que V. E. y que sufre y calla un día y otro viendo llenarse gota á gota el cáliz de sus amarguras, por satisfacer particularismos; piense que cualquier día puede ocurrírsele que sin su óbolo contributivo no subsistiría todo el castillo de gastos y...

¡Sería tan grave una huelga de contribuyentes!

JUAN PÉREZ

## Cuando la guerra termine...

### III.—La Aduana

La Aduana es un intermediario entre el productor y el consumidor. Eleve el precio de los artículos sin mejorarlos. El contrabandista es otro intermediario, que hace competencia al aduanero, y sólo se diferencia de él en que no exige tanto tributo.

El impuesto de Aduanas es para

una nación tan odioso como el impuesto de consumos para una ciudad. Si no hubiera aduaneros, no habría contrabandistas, y unos y otros dejarían de ser parásitos del comercio y dedicarían su actividad á empresas más útiles.

Cuando la guerra termine, los matuteros contarán con un auxiliar poderoso: el aeroplano. La guerra actual es una inmensa escuela de aviación. Los beligerantes tienen hoy miles de aviadores, cuyos servicios empezará á utilizar el comercio al día siguiente de firmarse la paz.

Aviones alemanes aterrizarán en países extranjeros para llevar á ellos sus mercancías. Aviones de los aliados penetrarán en el corazón de Alemania para imponerla el libre cambio que hasta ahora no ha querido aceptar. Empezará una terrible guerra comercial en la que no podremos ser neutrales, porque por cima de la frontera de Portugal y por cima de los Pirineos, cientos de aviadores contrabandistas vendrán á aterrizar con sus mercancías en las mesetas castellanas.

No es posible que el carabinero sostenga con el contrabandista combates aéreos, porque serían un peligro para los pacíficos habitantes. Nada conseguiría con perseguirle hasta que aterrizarase, porque podría el contrabandista descargar sus mercancías en diversos puntos sin aterrizar, salvando así la mayor parte del contrabando, y repasar la frontera. No es posible que Francia y Portugal prohiban la salida de los aeroplanos comerciantes, que exportan sus productos.

Cuando las Aduanas recauden menos de lo que cuestan, dejarán de ser un negocio y habrá que suprimirlas, porque será preferible con la carga que representan subvencionar á la industria nacional. Todos los puertos españoles serán puertos francos; toda España será zona neutral. La supresión de las Aduanas, el libre cambio sin limitaciones, he ahí otra utopía que se realizará cuando la guerra termine.

La industria nacional, obedeciendo la conocida ley biológica, tendrá que adaptarse al nuevo ambiente ó morir. No serán posibles los monopolios como el del tabaco y las cerillas. Y al desaparecer el aduanero, el carabinero, el contrabandista, muchos monopolizadores y tantos intermediarios, se abaratará la vida.

F. R.

En un juicio oral:

El presidente. — ¿Cómo se llama el testigo?

El testigo. — Juan Fernández.

El presidente. — ¿Profesión?

El testigo. — Ninguna.

El presidente. — Pues entonces, ¿de qué vive usted?

El testigo. — ¡De milagro!



## EL NECIO Y EL SABIO

Una vez se encontraron dos hombres. Uno preguntó al otro:

—¿Quién eres?

Este contestó:

—Soy un necio; me llaman el trabajador. Ahora dime, ¿quién eres tú?

—Soy—replica el primero—un sabio; los hombres me llaman señor.

—¿En qué te ocupas?

—En enseñar á necios como tú.

—¿Quieres enseñarme?

—Con mucho gusto. Ven conmigo.

El necio fué con el sabio, quien le condujo ante una pila de ladrillos y maderas.

—Edifícame un gran palacio y una cabaña pequeña—dijo el sabio.

El necio los hizo, y cuando estuvieron terminados, el sabio le dió algunas monedas diciéndole:

—Yo viviré en el palacio, porque lo he ganado con mi trabajo intelectual. Tú irás á vivir á la cabaña, que es mejor para ti, pues siendo necio no podrías apreciar el mérito artístico del palacio; los clavos de tus zapatos estropearían las ricas alfombras, y, puesto que la cabaña me pertenece (ya sabes que la hiciste para mí), es muy justo que me pagues el alquiler por el derecho de vivir en ella.

El necio vivió en la pequeña cabaña y pagó el arrendamiento, diciendo: «¡Qué sabio es! ¡Jamás hubiera yo pensado en construir una cabaña para mí si él no me lo hubiera dicho, y no podría pagar el alquiler si él no me diera un jornal!»

El sabio puso al necio á cavar en una mina, diciéndole:

—Saca carbón de las entrañas de la tierra, y cuando yo lo haya gastado, te daré las cenizas para que te calientes.

El necio sacó el carbón y dijo:

—Este hombre, no sólo es sabio, sino bueno, porque me da las cenizas cuando podría tirarlas.

El sabio dijo al necio:

—Necesito alguien que me vista, me calce, guise para mí, etc. Dame alguno de tus hijos para que me sirvan.

El necio dió sus hijos, diciendo para sí: «Esto es bueno; él los enseñará á ser sabios como hace conmigo, y ellos llegarán algún día á ser caballeros como él.»

Algunos días después el listo dijo al otro:

—Como al tomar tus hijos á mi servicio he tenido que aumentar mis gastos, tendrás que conformarte con menos jornal á fin de que yo pueda pagarles como corresponde.

El simple se rascó un momento la cabeza, pero al fin dijo:

—¡Ah! sí; es necesario que se pague á mis hijos. Consiento; todos tenemos que vivir.

El inteligente le dijo al ignorante:

—Constrúyeme dos escuelas, una grande y otra pequeña, donde se eduquen nuestros hijos.

—¿Por qué—dijo éste—han de ser una grande y otra chica?

Y el otro respondió:

—Porque siendo mis hijos caballeros inteligentes, como yo, necesitan una gran educación para poder desarrollar de un modo conveniente sus facultades intelectuales, y para eso hace falta una escuela grande. Mientras que tus hijos, siendo los de un necio, tendrán que trabajar con sus brazos, como tú, y les bastará con la pequeña. Ahora bien; no debes esperar que se eduque á tus hijos de balde; por ello has de pagar.

Un día se presentó el sabio al necio de muy mal temple y le dijo:

—¿Has estado pensando?

—Sí—contestó el otro.

—No lo permitiré; si vuelves á hacerlo, te impondré un castigo.

—¡Ah!—gritó el simple, soltando las herramientas;—tú mismo te has descubierto. Si fueras tan inteligente como supones, sabrías que es imposible, hasta para los necios como yo, el dejar de pensar alguna vez. Ya te conozco; eres un bribón.

Al día siguiente el esclavo hizo una bandera roja, tomó las armas y se rebeló contra su amo.

El pensar fué el principio de la revolución, á cuyo término aún no hemos llegado.

W. ANDERSEN

## Cine clerical

### Lo mejor para Dios

—Mujer, no pegue usted esos gritos... Cualquiera diría que pasa una cosa del otro mundo.

—¡Bribona! ¡Mala hija!...

—Vamos, que no es para tanto.

—Sí señor que lo es: haberme estado mirando toda la vida en ella, y viviendo como una arrastrá, para que luego venga ese tío sinvergüenza á llevársela con las manos limpias. Ea, esto no se puede tolerar, ni perdonar, ni Dios debía consentir esas infamias.

—Pero si á la chica no la tiraba el casorio, ¿qué iba á hacer?

—¿Pues por qué nos ha estado engañando tanto tiempo? Yo que creí que se iba al cine y al teatro, y luego ha resultado que se estaba metida toda la tarde en las Clarisas. Por supuesto, que todo esto son líos del capellán de las monjas. Eso quiere él, que entren allí muchachas guapas.

—Por Dios, señora Isidora, no diga usted disparates...

—Pues no se saldrán con la suya, porque daré parte al gobernador y á los periodistas, y armaré un escándalo morrocotudo.

—Perderá usted el tiempo, porque

la chica es mayor edad, y puede hacer lo que la dé la gana.

—Eso ya lo veremos. ¡Y luego escaparse de casa, sin decir una palabra, como una mala mujer! Vamos, que eso no lo puede aprobar ninguna persona decente.

—Pero, venga usted aquí, señora Isidora, y escúcheme dos palabras. ¿Qué ha sacado usted de la boda de su hija Luisa con ese perdido?

—Yo, nada; pero sigue la ley de Dios; trabaja, cría á sus hijos y...

—Y lleva cada disgusto que la está matando por momentos. Créame; antes que con un hombre así, vale más que la Eulalia se haya ido á un convento... Lo que es el ejemplo que ha visto en su hermana, no era para animarla mucho. Hecha una coneja lanzando criaturas al mundo, sin poder comprarse una mala falda, y luego aguantando á ese pedazo de bárbaro que tiene por marido...

—¡Una hija hermosa como un sol para pudrirse entre cuatro paredes!

—Hija, lo mejor para Dios.

—¡Vaya un consuelo para una madre!

FRAY GERUNDIO

Dos niños lesionados

### Los autores son una ursulina y un clérigo

En el libro registro de la Casa de Socorro aparecen inscriptos con fecha de ayer los niños Generoso García Montes, de siete años de edad y vecino de la calle del Rosario, y Fernanda Pérez, de ocho, que habita en la calle de San Francisco.

Sufrió aquél una contusión en el escroto, y ella una mordedura en la mejilla derecha y erosiones en la pierna izquierda.

Como se hiciera constar solamente que los citados heridos lo habían sido por agresión, hemos inquirido detalles acerca de lo ocurrido, quedando altamente sorprendidos cuando nos enteramos de que los agresores eran una reverenda monja ursulina y un no menos reverendo páter de la orden de San Ramón, á quienes se conoce por Hermanos de la Doctrina Cristiana.

Nos dijeron también que la niña había sido arrastrada por la monja, produciéndola las erosiones en la pierna y dándole además un mordisco en un carrillo.

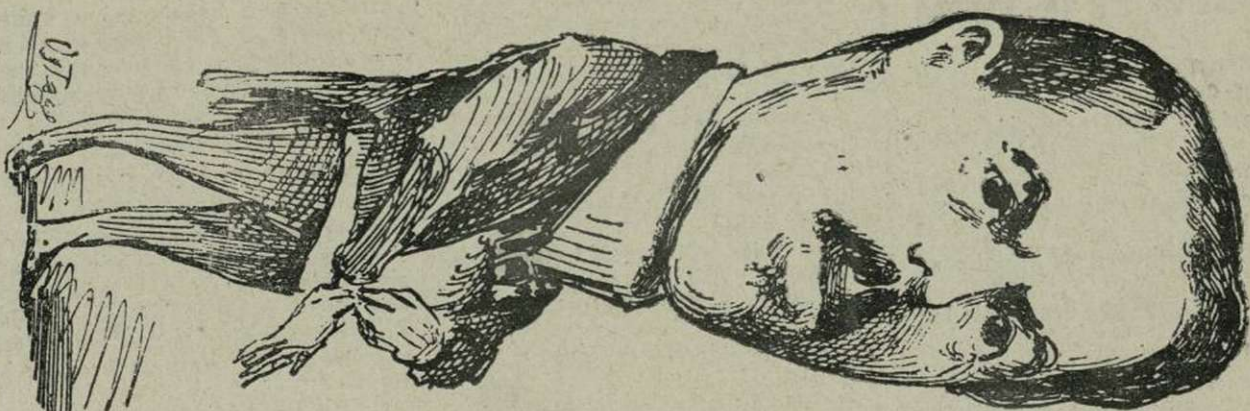
El muchacho que, al parecer, es alumno del colegio de San Ramón, recibió una patada del clérigo en el sitio dicho.

Suponemos que en este asunto ha de intervenir el Juzgado correspondiente y si es así, procuraremos enterarnos de lo que á su favor aleguen tanto la monja como el páter.

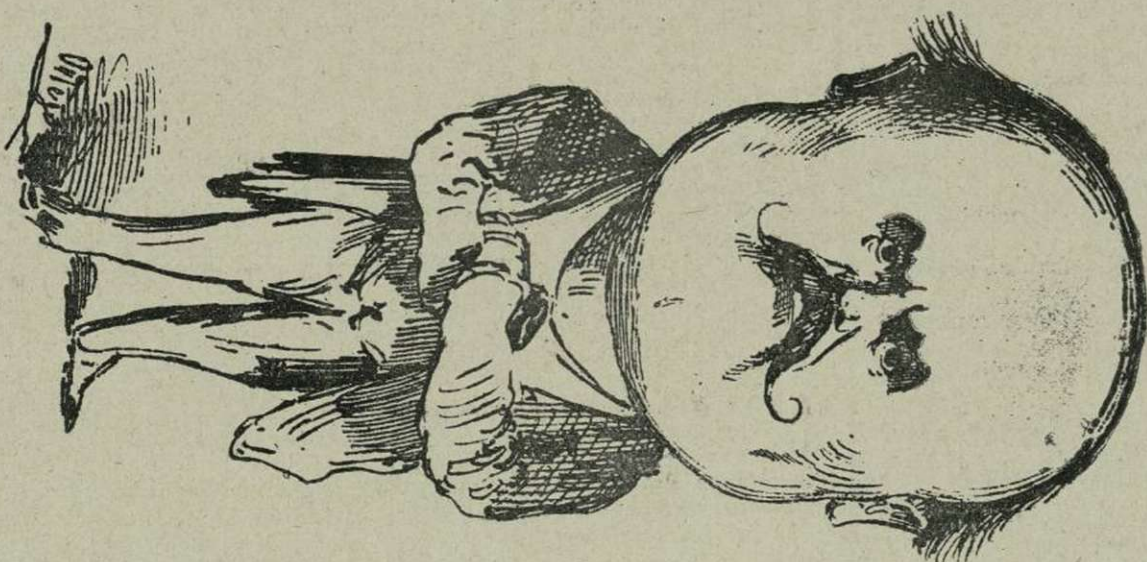
(El Noroeste, de Gijón, del día 16 del actual.)



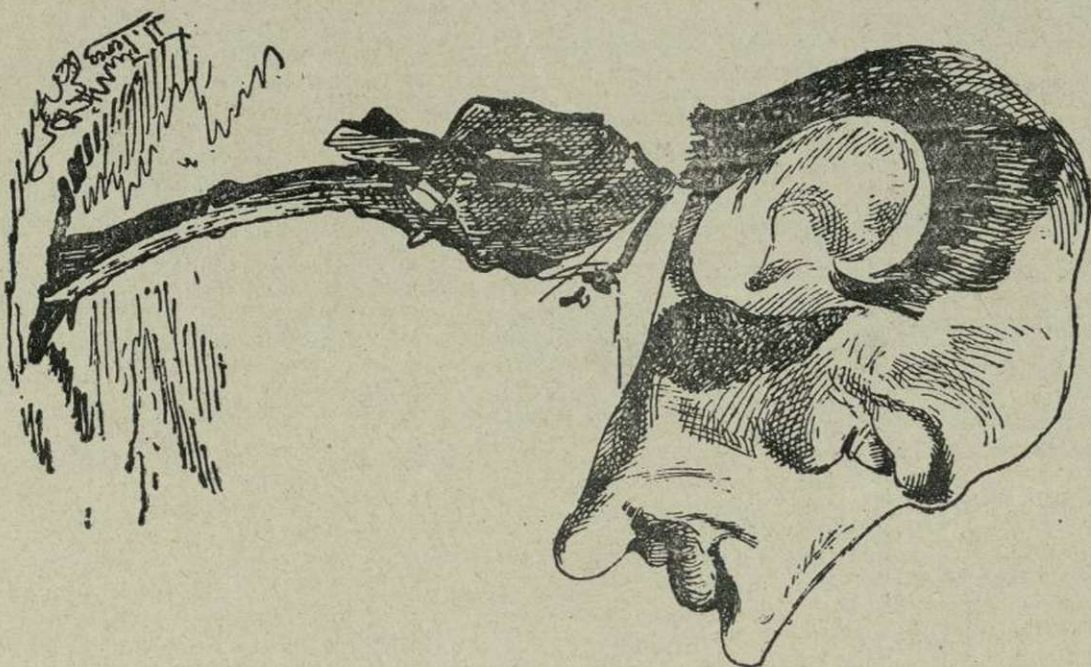
# EL MOTIN



RUIZ ZORRILLA.



BECCERRA.



FIGUEROA.



## La canción de la camisa

«Una mujer cubierta de harapos  
está sentada,  
enrojecidos sus hinchados párpados,  
y entumecidos sus gastados dedos.  
Con febril apuro empuja la aguja y  
tira del hilo.

¡Cose! ¡cose! cose en la pobreza,  
el hambre y el fango.

Y sin cesar, con voz destemplada y  
congojosa,  
canta la canción de la camisa.

¡Cose! ¡cose! cose mientras canta  
distante el gallo:

y ¡cose! ¡cose! cose aún, mientras  
brillan las estrellas.

Al través de tu pecho agujereado,  
¡cose! ¡cose! cose hasta que tu ce-  
rebro

flote en el vértigo,  
¡y cose! ¡cose! hasta que tus ojos  
ardan

y se empañen tus miradas.

¡Cose! ¡cose! cose el puño, el cue-  
llo y el dobladillo,

hasta que caigas adormecida sobre  
los botones,

¡y concluyas, soñando, cosiéndolo!

¡Oh! vosotros, hombres que tenéis  
hermanas que amáis!

¡Oh! vosotros, que tenéis esposas  
y madres:

no es lienzo lo que gastáis diaria-  
mente,

¡son existencias de criaturas huma-  
nas!

¡Cose! ¡cose! cose en la pobreza,  
el hambre y el fango,

cosiendo á la vez con doble hilo,  
¡una mortaja y una camisa!

¡Pero por qué he de mentar á la  
muerte,

ese espectro de espantosa osamen-  
ta?

Apenas me intimida su figura pavo-  
rosa;

¡tanto se parece á la mía!

A la mía, que largos ayunos han  
descarnado.

¡Oh! ¡Dios mío! ¡por qué tan caro  
estará el pan

cuando tan poco valen la carne y  
la sangre!

¡Cose! ¡cose! cose; ¡jamás se con-  
cluirá mi tarea!

¿Y cuál al fin es mi salario?

Un lecho de paja, un pedazo de  
pan y harapos,

este techo agujereado, este piso  
humedo,

una mesa y una silla rota,  
una pared tan blanca y tan desnuda

que agradece mi sombra,  
porque a veces se refleja en ella.

¡Oh! ¡sólo una hora nada más  
para descansar! ¡Tregua por un ins-  
tante!

No para disfrutar los goces bendi-  
tos

del amor y la esperanza,  
¡sino para entregarme á mi dolor!  
Con llorar se alivia mi corazón;  
pero debajo de mis párpados hin-  
chados

he de contener mis lágrimas,  
pues cada una de ellas que se des-  
prendiese

¡retardaría la marcha de mi aguja  
y de mi hilo!»

Una mujer cubierta de harapos es.  
tá sentada,

enrojecidos sus hinchados párpados

y entumecidos sus hinchados de-  
dos.

Con febril apuro empuja la aguja y  
tira del hilo.

¡Cose! ¡cose! cose en la pobreza,  
el hambre y el fango,

cosiendo á la vez con doble hilo  
¡una mortaja y una camisa!

Hood

Esta poesía provocó en Inglaterra una  
explosión general de lástima, conmovió  
tan profundamente á todas las clases so-  
ciales, que por entonces se fundaron va-  
rios de los establecimientos de Beneficencia  
que son hoy motivo de justo orgullo  
para el pueblo británico.

Cuando su autor, el poeta Hood, mu-  
rió años después, se puso sobre su tumba  
el siguiente epitafio:

¡COMPUSO LA CANCIÓN DE LA CAMISA!

## ¡Qué horror!

Mientras dormían tranquilamente  
los vecinos del pueblo de Arroyo  
(Navarra), entraron varios ladrones  
en la iglesia, y empezaron, con un  
ardor digno de mejor causa, á apode-  
rarse sacrilegamente de cuantos ob-  
jetos de algún valor contenía.

Violentaron y casi deshicieron el  
Sagrario, en el que había un centenar  
de sagradas formas, bendecidas el  
día anterior por el virtuoso párroco,  
y de las que sólo halláronse dos en  
el suelo.

Los no menos sagrados óleos, guar-  
dados en preciosa caja, tuvieron el  
mismo fin.

La también preciosa custodia, for-  
mada por un engranaje de anillos,  
apareció dispersa al pie del altar,  
siendo lo raro que habiendo desunido  
los anillos no se los adjudicaran.

La sacristía fué igualmente saquea-  
da, sacando de ella unas vinajeras,  
de plata, preciosas también.

De los ornamentos sólo se llevaron  
un amito, que sin duda utilizaron ¡in-  
fames! á falta de cuerda para atar los  
objetos apandados.

Y no contentos con robar, llevaron  
sacristía hasta profanar más aún  
el templo, entregándose á una sucia  
operación cuyas huellas tuvo el sa-  
cristán que borrar al día siguiente  
arnado de escoba, cogedor, y un ca-  
chero con agua.

¡Agora pone en el espíritu más fuer-  
te el pensar solamente en lo que ocu-

rriría hoy en España, si no contase  
con tantos santos varones encarga-  
dos de contener los perversos instin-  
tos de la humana criatura con el fre-  
no religioso.

## Designios inexcrutables

Al regresar de una romería varios  
vecinos del pueblo de Guimar (Cana-  
rias) volcó el carro que los conducía  
en el sitio denominado Barranco Hon-  
do, despeñándose por un terraplén y  
resultando cuatro muertos y ocho he-  
ridos.

Acatemos los inexcrutables desig-  
nios de la Divina Providencia, sin cu-  
ya voluntad no se mueve ni la hoja  
del árbol, y consolémonos con la  
dulce idea de que las almas de los  
que perecieron tan desastrosamente  
se hallarán disfrutando ya de la bien-  
aventuranza eterna, si al exhalar el úl-  
timo suspiro se hallaban en estado de  
gracia.

Y procuremos, si vamos de rome-  
ría en carro, bajarnos en los sitios que  
ofrezcan peligro.

## TIEMPOS Y TIEMPOS

En la cúpula de una iglesia de Cá-  
diz donde se están verificando va-  
rias obras, han sido encontrados dos  
envolterios conteniendo cada uno el  
cadáver de un niño, ambos sin ca-  
beza.

Dióse inmediatamente cuenta al  
gobernador militar, quien mandó for-  
mar el correspondiente sumario.

¡Cómo cambian los tiempos!

En los antiguos se hubiera supues-  
to desde luego que eran dos niños  
martirizados por los judíos, y que me-  
recían los honores de la canoniza-  
ción.

En los presentes se manda formar  
sumaria, por suponer que pudieran  
proceder de dos infanticidios.

Quedo pidiendo al Cielo que resul-  
te plenamente probado que los cadá-  
veres de los niños sin cabeza fueron  
depositados en la cúpula antes de  
construirse la iglesia.

Que prodigios mayores se han vis-  
to en casos parecidos, frecuentes por  
desgracia.

—Nina—dice un abogado á su mu-  
jer;—guarda todo lo que haya de va-  
lor por ahí y quédate con las llaves.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón á  
quien defendí la semana pasada y sa-  
lió absuelto?

—Sí.

—Pues... que va á venir á darme  
las gracias. No te digo más.

Clericalismo en solfa  
por José Nakens—2 pts.



## DON POLICARPO

Figúrese el lector en una villa triste y mal empedrada como todas las de la parte interna de Castilla (región de nunca penetraron modas), un caserón extenso, que no brillaba por fustes griegos, ni por armas godas; su cumbre una pirámide de tejas, y celosías por adorno y rejías.

Jardín abandonado, místico, seco, en que nacieron hace un siglo flores; patio enclaustrado de exendido hueco con resto de antiquísimas labores; piezas vacías, donde el débil eco arremeda los vientos triscadores; y algunos muebles de nogal antiguos en los departamentos más exigüos.

Tal era la mansión en que la vida, sin ambición, ni miedo, ni esperanza, pasaba, no envidiada ni temida, con Policarpo Antúnez de Carranza. Su inclinación llevaban dividida moderna ilustración y añeja usanza, á guisa de las dos causas diversas, que idolatraban los antiguos persas.

Por una parte en bella ejecutoria sus abuelos ilustres consignados, traían de continuo á su memoria grandes servicios, hechos esforzados. Por otra parte, no juzgó ilusoria, ni indigna de sus hechos elevados, la dicha que disfrutaban los mortales con las instituciones liberales.

Echaba menos de su noble raza los timbres, el boato y el decoro, y conservaba íntegra una coraza, que hizo más de una vez temblar al moro. Mas al fijar las mientes en la traza con que hoy del pueblo se conserva el oro por medio de un fundado presupuesto, decía allá entre sí: «mejor es esto».

Solía comparar Eras con Eras y usos con usos. «Es verdad», decía «que en el siglo catorce á las banderas de España la victoria fiel seguía. Pero en cuanto á modales, ¡qué groseras! ¡qué faltas de elegancia y simetría en muebles, en convites y en ropajes! En estas cosas éramos salvajes».

«La pujanza, es verdad, de daga y puño daba al ultraje enérgicas respuestas; y nadie con don Alvaro ó don Nuño podía impunemente andarse en fiestas; pero la ilustración del nuevo cuño nos ahorra estas prácticas funestas, y desde que tenemos garantías, no se ven en el mundo fechorías.»

«Eran nuestros abuelos muy formales, infatigables en cualquier empresa; y antes faltaba el polo á sus quiciales, que ellos en el cumplir una promesa. Mas sobrios ora, y ora mazorrales, en los sociales goces de la mesa, no aclimataron nunca en nuestra España beef steak, ni rabióles, ni champaña».

«También es cierto que en el grupo de la plebeja multitud se erguía el noble, más orondo que un canasto, y mil adoraciones recibía. Mas para mantener el lujo y fasto que tan excelsa elevación pedía, estaban los criados de hambre muertos, y á veces se empeñaban los cubiertos.»

«Desde que á los trabajos dió la moda sobre honores y alcurnia preferencia, el que trabaja siempre está de moda, y el que no, solo es noble en indigencia. Antes bastaba con la sangre goda para subir un hombre á la eminencia; y en nuestros días el que no trabaja, pan seco y duro come, y duerme en paja.»

«¿Qué es mejor? el progreso, ó la rutina gir adelante ó mantenerse quieto? ¿sangre ilustre y doméstica ruina, ó vil linaje y al bolsón repleto? ¿Quedarse un hombre atrás mientras (camina

la sociedad, y tímido y sujeto enfangarse en miserias y en errores, no más que porque *sic voluere priores?*»

«Entre un sistema así y otro sistema nadando en incesantes confusiones, se consumía el héroe del poema en las más complidas reflexiones. ¿Quién ha de resolver este problema? ¿Quién dará norma fija á sus acciones y punto á un vacilar tan inconexo? ¿Quién había de ser? El otro sexo.

Casóse, como noble, por poderes con mujer á quien nunca vió la cara: como si en este mundo las mujeres fueran alguna mercancía rara. Que así se liguén dos humanos seres, sólo porque uno es Gómez y otro Lara, fiándose en ajeno testimonio, y que esta unión se llame matrimonio.

Y que del corazón se den las llaves á quien no se conoce ni de vista, y permanezca en vínculos tan graves un infeliz mortal, mientras existe; y que estas leyes han de ser suaves, porque así se le antoja al canonista; confieso con verdad que no le entiendo, así está el mundo: vamos prosiguiendo.

De la novia un pariente muy cercano se la condujo al pueblo en que vivía, pues no habiéndola visto de antemano no era mucha la prisa que tenía. Ella no era un prodigio soberano de hermosura: tampoco era una arpía: una de estas mujeres infinitas que ni se llaman feas ni bonitas.

Pero tenía aquel anzuelo ó gancho, que más que la belleza liga y sujeta; arte de dominar en campo ancho, que no hay dificultad que no someta. Con esta nota su opinión no manchó; antes la calificó de discreta. Al mujeril dominio todo cede; y cada cual domina como puede.

Dueña de las potencias y sentidos, de quien no le oponía resistencia, (por ser cosa frecuente entre maridos quedarse sin sentido ni potencia), criada de la corte en los ruidos, acostumbrada al brillo y concurrencia vió con horror el nuevo alojamiento á que la condenaba el casamiento.

Y con aquel acento que avasalla, y no deja lugar á la respuesta, «fuera», dijo, «ridícula antigualla: fuera ese goticismo que me apesta.» Y mientras el marido observa y calla, ella al ataque y destrucción dispuesta á la cabeza de un tropel de mozos hace en los muebles bárbaros destrozos.

Bajan rotas al suelo colgaduras de damasco, biombos, cenefillas, armarios con dorados y molduras, retablos, canapés, bancos y sillas; estampas, papeleras y pinturas; soperas, jarros, platos, escudillas; y á guisa furia con sus manos propias, hizo pedazos veinte cornucopias.

Terminado el oficio de la escoba en remover escombros y fragmentos, ricos muebles de mármol y caoba ornan los transformados aposentos. Pabellones chinoscos en la alcoba; en el salón magníficos asientos; al tetero dos lunas colosales; por donde quiera, bronce y cristales.

En el estudio del querido esposo, que á ella le pareció de escueta rancia, se coloca un estante primoroso, lleno de libros que proveyó Francia. «Aquí», ella dice, puedes afanoso salir del hondo abismo de ignorancia, en que la gente de Castilla inculta más y más cada día se sepulta.»

El buen marido, dócil al mandato de aquella irresistible criatura, pone exclusivamente su conato, y pasa todo el tiempo en la lectura. No aspira á la opinión de literato, más modesto es su plan; sólo procura

reivindicar la fama de Castilla, y ponerse al nivel de su costilla.

Para obtenerlo impávido se arroja á devorar sus libros impaciente: no hay ciencia, no hay doctrina que no sin distinción en todas clava el diente. En su cerebro infatigable aloja masa confusa, varia, incoherente de opiniones contrarias y diversas: buenas las unas son, otras perversas.

Da un salto de la historia á la novela; de el derecho romano á la poesía; ora un economista lo desvela, ya de un comentarista la algarabía. Hoy por fijar una ecuación anhela; mañana una cuestión de teología; y de la descripción de un raro anfibio pasa á las estrategias de Polibio.

Unas veces la triste patología con imágenes negras lo alucina; otras al estudiar la craneología, llegar á ser profeta se imagina; y luego el catecismo de la Logia á la ciencia de Human su mente inclina, de Victor Hugo lo enajena el ritmo, y luego la invención del logaritmo.

Y mientras él con tanto afán calcula, compara y piensa inmóvil en su silla, su intrépida mujer cambia y anula las antiguas costumbres de la villa. Á las mozas y mozos inocula en el vals, la mazurca y la cuadrilla. Ya desprecian su honrada parsimonia, y se lavan con agua de colonia.

A las pocas semanas se percibe una revolución la más completa. Al Diario de modas se suscribe la mujer del alcalde, gran coqueta. El sola en toda casa se recibe en lugar del asiento de vaqueta; sillas inglesas en lugar de albardas, y levitas en vez de capas pardas.

La regeneración que presto cunde y hace mudar de aspecto cada cosa, grande entusiasmo en Policarpo infunde por el mérito raro de su esposa. No echa de ver cuán randa se difunde la miseria con vida tan costosa, ni cuán desordenada está la villa, que era piedra de escándalo en Castilla.

Ni la guerra civil que á los maridos suscitan conjuradas las mujeres, á quienes ya parecen reducidos los gajes mensuales de afileres; y con esto los pobres distraídos de sus acostumbrados quehaceres, en su interior envían al infierno extraña innovación y uso moderno.

Bien dicen los filósofos: *In medio consistit virtus*,—maxima trillada que del hombre infeliz fuera remedio á todas sus acciones aplicada. En unos entusiasmos, en otros tedio; aquí y allí pasión exagerada: así juzgan los hombres, y así vemos que siempre se colocan en extremos.

Esa cuestión ridicula y añeja de modernos y antiguos, bien podría divertirse cual divierte una conseja, tal cual desocupada fantasía. Lo que la ilustración nos aconseja y apoya la experiencia cada día es elegir las cosas más sensatas sin examen de tiempos ni de datas.

Hoy con tenacidad luchan dos sectas, que no se dan cuartel ni oyen razones. Personas que bascan de provetas se casan con antiguas opiniones como las más seguras y perfectas; otras en reuñb. antes clausulones sólo llaman loable, justo y bello lo que del nuevo cuño lleva el sello.

O todo, ó nada, tienen por divisa las dos contrarias huestes. Quien se muda una vez por semana de camisa, y dice: «Dios os guarde», al que estornuda, y cuando dan las doce va de prisa, porque el puchero aguarda;—ese no duda



la secreta virtud del silogismo contra la irreligión y el ateísmo.

Y al revés, el que anuda la corbata, á los dibujos de París sujeto, y con frailes dominicos no trata, ni de un *in folio* penetró el secreto; ese el vigor de su pulmón desata, describiendo el bismut y el sulfureto y en el vapor las esperanzas fija de que el género humano se corrija.

Y lo peor del caso es que trasciende la disputa á las leyes generales, de que la dicha de los hombres pende, y en vez de dicha les resultan males. Cada adversario su principio extiende fuera de sus barreras naturales, y al fin se encuentran en un punto mismo, ¿ese punto cuál es? Es un abismo.

Parten de dos principios encontrados servil y liberal. El que más puede, aplica sus remedios ponderados á la masa infeliz que calla y cede. El otro con ataques esforzados logrando destruirle, le sucede; y en la contienda del vaivén infansto uejan al pueblo, como corcho, exhausto.

Tal vez, cuando frenético se encumbra más el desorden, plácida y risueña moderación prueben nos deslumbra con las fáciles máximas que enseña: sabido es el manejo que acostumbra cuando en gustar á cada cual se empeña. Las recíprocas pérdidas reparan, y á más acervas luchas se preparan.

Que la moderación también propende (siento decirlo) al mal. Cuando del vicio, que en todo extremo nota, se desprende, ella se arroja en oro precipicio; contrarias pretensiones desentienle; burlarse de uno y de otro es su ejercicio. Puesta en el hipomoclio ¿qué resulta? En nulidad inerte se sepulta.

Responderá el filósofo optimista: «¿Esa es moderación? ni por asomo; es imposible que tal cosa exista sino en límites justos.» ¿Pero cómo? Todo hombre moderado es teorista. Si lo conceden á mi cargo tomo probar que en este caso la teoría es una garrafal majadería.

La de D. Policarpo llegó á punto de perder la razón: púsose enfermo, cabizbajo, amarillo, cecijunto, parecía en verdad un escafermo con algunos ribetes de difunto; ó más bien solitario que en el yermo disipa crudo los vitales brotes á fuerza de cilicios y de azotes.

En casos semejantes, cuando el tedio de la vida nos cansa y nos oprime; cuando el mal nos suscita crudo asedio y oprimida en su red el alma gime, sólo queda un asilo y un remedio: la Religión,—randal puro y sublime de donde mana en perenne corriente solaz al corazón, luz á la mente.

Don Policarpo en vez de la alta senda que allá conduce, desde el suelo bajo cefida el alma con innoble venda, prefirió, como dicen, el atajo; dejando á la ilusión floja la rienda creyó salir del misero trabajo, lanzándose en el torpe y hondo abismo de la superstición y el fanatismo.

Fué el atormentador de su conciencia. No sé—clérigo ó fraile—poco importa, hombre de disciplina y abstinencia; mas su vista mental debió ser corta. De estos que á la doctrina y á la ciencia llaman veneno que el infierno aborta, y ven en el estudio el sólo origen, de las desgracias que á la tierra afligen.

«Libros franceses,» exclamó, rugiendo cual la hiena furiosa ¿no se inflama rayo voraz y destructor? Corriendo perececan todos en activa llama.» Don Policarpo á fallo tan tremendo, pensando en los arranques de Madama temblaba como tímido cordero; pero la salvación es lo primero,

Va á su casa, y con calma torba y fría manda á un mozo llenar sendo canasto de lo que acumuló su librería después de tanto esmero y tanto gasto. En un pilón que en el corral había formó de libros un recinto vasto. Madama á la sazón en la tertulia le decía á un Saint Preux: «Yo seré Julia.»

Ya en su caletre la razón se apaga, mientras en su mano seco hachón se enciende: la llama aplica que ligera y vaga, donde quiera que toca rauda prende. Por el inmenso grupo se propaga la destructora combustión, y asciende por todas partes el incendio infansto; al genio del horror uigno holecuasto.

Allí de Mably y su pesada escuela, propagadora de la gran doctrina que la esfera social todo nivela y no sabe crear si no arruina, que en la feroz Esparta nos revela el maximum del bien, y nos destina frugales mesas y desnudos lomos, quedaron en ceniza dos mil tomos.

De D' Holbach los narcóticos escritos donde el error en formas mazorrales conduce al hombre á bárbaros delitos, se tornan chicharrones infernales. Allí mueren folletos infinitos del padre de los cultos liberales, de Constant, que un humazo negro esconde junto al Conservador del gran Vizconde.

«Y tú, Corina! ¿tú también! ¿La gracia de tu estilo no basta? No: en tus hojas tremenda chispa sus furiosos sacia; ya se chamuscan fétidas y rojas. ¿Pudiste merecer tanta desgracia? Tú que en la inspiración la pluma mojas ¿cedes cuitada al torbellino negro? Pues, como soy cristiano, que me alegro.

«Para qué declaraste insana guerra, mujer, al hombre que deplora el mundo; al que cual númen adoró la tierra, al que al malo inspiró terror profundo? Las perlas ricas que tu pluma encierra no debieron orlar idolo inmundo: ni te hizo el cielo dones exquisitos para adular hinchados parasitos.

Allí cien escritores romancescos, de novelas, ensayos, melodramas anglosmanos, exóticos, tudescos, desaparecieron en voraces llamas; imitadores fríos y grotescos; fabricantes de insipidas proclamas, que en vano escalar quieren la alta cima donde el cantor de Ofelia se sublima.

Ya consumado el horroroso incendio entra la esposa, y en randal henchido vierte la execración y el vilipendio contra el devoto y misero marido. El, de resignación frío compendio, sin alterarse agnanta el estallido; ella en sangriento insulto se desboca y él le contesta cual pelada roca.

«Separación», exclama furibunda, desgarrándose el chal y las polleras; y él inmutable en su quietud profunda la responde: «Hija mía, como quieras.» Dirá tal cual lector: «¿Qué buena tunda!» Policarpo seguía otras banderas. Empalagado ya de aquel consorcio vió el cielo abierto cuando oyó:—*Divercio*.

Oigan ustedes cómo acaba el cuento. Muchos años después, el buen Carranza murió siendo donado de un convento, y era de aquel convento la esperanza. Su preciosa mitad, alto portento de fino gusto y mujeril pujanza, según refieren, terminó la vida en la calle de Atocha recogida.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

## El castigo sin venganza

Trozo notabilísimo del acto segundo de esta célebre comedia de Lope de Vega:

FEDERICO

Pues, señora, yo he llegado perdido á Dios el temor y al duque, á tan triste estado, que este mi imposible amor me tiene desesperado.

*Yo, en fin, Señora, me veo sin mí, sin vos y sin Dios: sin Dios, por lo que os deseo; sin mí, porque estoy sin vos; sin vos, porque no os poseo.* Y por si no lo entendeis, haré sobre estas razones un discurso, en que prodréis conocer de mis pasiones la culpa que vos teneis. Aunque dicen que el no ser es, Señora, el mayor mal, tal por vos me vengo á ver, que, para no verme tal, quisiera dejar de ser. En tantos males me empleo después que mi ser perdí, que, aunque no verme deseo, para ver si soy quien fui, yo; en fin, Señora, me veo. Al decir que soy quien soy, tal estoy, que no me atrevo; y por tales pasos voy, que aún no me acuerdo que debo á Dios la vida que os doy. Culpa tenemos los dos del no ser que soy agora, pues olvidado por vos de mí mismo, estoy, Señora, sin mí, sin vos y sin Dios. Sin mí no es mucho, pues ya no hay vida sin vos, que pida al mismo que me la da: Pero sin Dios, con ser vida, ¿quién sino mi amor está? Si en deseáros me empleo, y él manda no desear la hermosura que en vos veo, claro está que vengo á estar sin Dios, por lo que os deseo. ¡Oh, qué loco barbarismo es presumir conservar la vida, en tan ciego abismo, hombre que no puede estar ni en vos, ni en Dios ni en sí mismo! ¿Qué habemos de hacer los dos, pues á Dios por vos perdí, después que os tengo por Dios, sin Dios, porque estáis en mí, sin mí porque estoy sin vos? Por haceros sólo bien, mis males vengo á sufrir; yo tengo amor, vos desdén, tanto, que puedo decir: ¡Mirad con quién y sin quién! Sin vos y sin mí peleo con tanta desconfianza: sin mí, porque en vos ya veo imposible mi esperanza; sin vos, porque no os poseo.

**Virtudes del clero**  
**TRALLAZOS**

Variedad en la unidad

IMP. «LA ITALICA», VELARDE, 12 MADRID